

Un festival por cabeza. Los certámenes internacionales de cine los propició el turismo. El primero nació en venecia en 1932

MARY G.
SANTA EULALIA

El buen tiempo toca a su fin. La playa del Lido, de la que desertan los últimos bañistas rezagados, ofrece un deprimente aspecto. Esta visión real (que se tornó imagen memorable, años más tarde, como ambientación para que Dirk Bogarde interpretase a un patético Von Aschenbach, en "Muerte en Venecia", de Luchino Visconti) originó la explosión de festivales, muestras, semanas y jornadas de proyecciones que en el mundo han sido, son y serán.

Aliado inesperado

Era temprano en este siglo: 1932 y en el mes de agosto. La temporada de verano veneciana declinaba, para desmayo de restauradores y gremio de hostelería, en general. Ni

CINE

competiciones náuticas ni campeonatos de tenis frenaban la desandada de su clientela, incómoda al aire libre, en el desapacible clima otoñal.

« Para las primeras experiencias, se prestaron los salones del Excelsior, pero ya en 1937 se abrían las puertas del Palacio del Cinema, cuya construcción sufragó la Asociación de Grandes Hoteles. Desde ese momento, la injerencia política fascista/nazi se convirtió en un incordio. Entonces surgió la idea de crear otro festival. En 1939, Francia decidía hacerlo suyo, eligiendo la ciudad de Cannes "por ser soleada y por su marco encantador". »

Se barajaron urgentemente otros entretenimientos. De modo improvisado, se recurrió a uno, recién llegado, acogido entusiásticamente por las multitudes: el cinematógrafo.

La iniciativa se abordaba con talante magnánimo hacia el popular espectáculo, vinculándolo a la Exposición Bienal de las Artes, como una más, aunque en ciertos círculos eso era muy discutido.

Apuesta acertada. La repetición, en 1934, aun superó el éxito inicial y confirmó la aceptación del certamen, sin ningún género de dudas. Se introdujeron, sin embargo, modificaciones. Se estableció su periodicidad anual y se le aplicó la denominación de Mostra.

Algún comentarista lamentaría la primera medida, porque en el transcurso de veinticuatro meses, la provisión de películas era tan abundante que permitía la mejor selección y, consecuentemente, la programación se beneficiaba por ello.

Conflicto con la política

Para las primeras experiencias, se prestaron los salones del Excelsior, pero ya en 1937 se abrían las puertas del Palacio del Cinema, cuya construcción sufragó la Asociación de Grandes Hoteles. Desde ese momento, la injerencia política fascista/nazi se convirtió en un incordio. Las intromisiones en las decisiones del jurado, por parte de delegados del Gobierno

italiano y de sus funcionarios, resultaron intolerables para las gentes del cine. Entonces surgió la idea de crear otro festival. En 1939, Francia decidía hacerlo suyo, eligiendo la ciudad de Cannes "por ser soleada y por su marco encantador". La segunda guerra europea estorbaría el plan, retrasándolo hasta 1946. El 20 de septiembre se inaugura. Desde 1951 se trasladaría a mayo, con una duración de dos semanas.

La Mostra iba a pasar un trance amargo: descendió de clase y fue relegada a mera Manifestación. No recuperó su antigua fisonomía y rango hasta 1946, precisamente a la vez que se ponía en marcha su competidor en la Croisette.

Desentumecida, la Mostra se depuró e, incluso, acometió la construcción de otro local más, Arena, con aforo capaz para más espectadores, que podían disfrutar en su pantalla las mismas cintas de las sesiones oficiales.

Imitadores en cadena

La veterana Muestra del Adriático, en su última edición, la 52, del 30 de agosto al 1º de septiembre, del actual 1995, se denomina Mostra Internazionale d'Arte Cinematográfica. Conserva, pues, la vocación con que nació de aprecio a los valores artísticos del invento de los Lumiére.

Si los premios de Venecia estaban representados en el León de San Marcos de su escudo, los de Cannes se identificaron con Palmas. Los

festivales sucesivos adoptaron: un

«Si los premios de Venecia estaban representados en el León de San Marcos de su escudo, los de Cannes se identificaron con Palmas. Los festivales sucesivos adoptaron: un Oso, Berlín (1951) y una Concha, San Sebastián (1953), único español incorporado al cuarteto de los más influyentes, en la categoría A.»



Oso, Berlín (1951) y una Concha, San Sebastián (1953), único español

incorporado al cuarteto de los más influyentes, en la categoría A.

Antes de alcanzar ese sobresaliente escalón, la capital guipuz-coana, cuyo festival, 43º, se acaba de clausurar, atravesó una etapa de noviciado como modesta Semana Internacional. Por entonces, sus responsables no podían suponer que un día se sentirían honrados de recibir su homenaje, sobre el escenario del teatro Victoria Eugenia, actrices con la seducción de Catherine Deneuve; con la sensibilidad de Emma Thompson y con la humanidad de Susan Sharandon, a quien le resbalaron las lágrimas por las mejillas al entregársele el trofeo de la Bella Easo en el año en curso.

Las raíces de la cinefilia

En 1957, la FIAPF (Federación Internacional de Asociaciones de Productores de Cine) concedía autorización al festival de Karlovy Vary (Carlsbad), ciudad-balneario checa de tradición cinéfila incuestionable, pues allí se verificó la primera sesión de cine del país, el 15 de julio de 1896, sólo dos meses después que Madrid. Este certamen tuvo su antecedente en 1946, en Mariánské Lázně, asimismo centro de aguas termales, singularmente ligado a la cinematografía, ya que, con su nombre alemán, inspiró la incatalogable "El Año Pasado en Marienbad", si bien sus jardines no se parezcan nada a los que describieron Alain Resnais y Robbe Grillet sobre el celuloide.

Durante su pertenencia al bloque del Este, Karlovy Vary, por acuerdo

con las autoridades soviéticas, alternaba su celebración con la de Moscú. Uno, los años pares; el segundo, los impares. En la frontera de la década de los "50" y los "60", Karlovy Vary se inclinaba hacia las producciones del Tercer Mundo. Sus premios, por lógica comercial y apoyo a la industria bohemia, son Globos de Cristal. En los tensos años que agostaron la Primavera de Praga, el certamen padeció un rígido control ideológico. En 1990 llegó el deshielo y la democratización y se pudieron sacar a la luz las cintas archivadas durante veinte años. A partir de 1992, el festival, ahora privatizado, libre del compromiso moscovita, se convoca con independencia y anualmente.

Afición en cuarto creciente

En el mismo 1957, antes mencionado, la FIAPF se encontró desbordada. Se le remitieron tal cantidad de solicitudes para nuevos festivales, que tuvo que denegar hasta 17, de catorce países, porque ni sumada la lista de filmes de todo el planeta se podía garantizar un mínimo con dignidad a tantos aspirantes.

El plantel de certámenes, muchos elevados a los honores filatélicos, como el de Moscú, el de Bulgaria, el de Teherán (Irán), el de India, el de Egipto, etc., crece indefinidamente. Muchos toman asiento en poblaciones calificadas por su monumentalidad o su modernidad, con mayor o menor tirón turístico. Muy frecuentemente en zonas costeras, pero no en exclusiva. También se les hace un hueco en otros

sitios a impulsos de una pasión inagotable por las estrellas y los

CINE

astros de Hollywood. Cork, en Irlanda; Cracovia, en Polonia; Edimburgo, en Escocia; Figueira da Foz, en Portugal; Locarno, en Suiza;

«Durante su pertenencia al bloque del Este, Karlovy Vary, por acuerdo con las autoridades soviéticas, alternaba su celebración con la de Moscú.»

Mar de Plata, en Argentina, y Montreal, en Canadá, entre otros, testimonian ese despliegue fabuloso.

Cada organización intenta forjar su perfil individual, distinto de los demás. Pero la aglomeración invalida sus esfuerzos: fechas coincidentes o solapadas; exhibición de las mismas películas, que circulan de manifestación en manifestación, dañan, a la postre, su propósito de ofrecer novedades y diferenciarse de la mayoría.

Esto les obliga a funcionar precariamente, a ir dando tumbos o desviándose de propuestas ideales. En España, donde se registran casos de múltiple especialización, nos topamos con cine Campesino en Alora (Granada); Histórico, en León; del Mar, en Santander; Ecológico, en Puerto de la Cuz (Canarias); Submarino, en San Sebastián; Naval y del Mar, en Cartagena, etc. Algunos han logrado una trayectoria con coherencia y perseverancia, sorteando crisis para subsistir. El que más respeto se ha granjeado, puede considerarse el de Valladolid. Partiendo de un estudio de fondo religioso derivó hacia valores humanos y, hoy, su propósito es "difundir y promover películas de categoría artística que contribuyan al conocimiento de la problemática humana y al diálogo entre los hombres". También ha sabido labrarse un futuro, entre escalofrío y terror, el de Sitges, y la Muestra de Valencia, con su Cine del Mediterráneo. Gijón, en cambio, defendió, sin fortuna, el infantil y

el juvenil. Tampoco le cupo más humor o el posterior de comedia, hasta que renunció a ambos en 1980. Barcelona es otro ejemplo de divagación y rodeos. Comenzó lanzándose a proteger al de color; luego se distanció para interesarse por el vídeo y los audiovisuales. Huelva, Murcia, Cádiz, Almería, con temas iberoamericanos, del Atlántico, españoles y alternativos, se precian de mantener una manifestación a su medida. Bilbao, Huesca y Calviá (Baleares) se dedican al cortometraje y al documental. Benalmádena, que había logrado renombre, desamparada por su Ayuntamiento, ha tenido que prescindir de su festival, que Málaga se ha apropiado. En fin, IMAGFIC, madrileño, ha pasado a la historia, sin pena ni gloria, hace dos temporadas. Por el momento, no le queda a la capital más que la Semana de Cine Experimental, que se desarrolla del 16 al 23 de abril y cuya juventud delatan sus seis años de vida.

suerte al de La Coruña, con el de

«Cada organización intenta forjar su perfil individual, distinto de los demás. Pero la aglomeración invalida sus esfuerzos: fechas coincidentes o solapadas; exhibición de las mismas películas, que circulan de manifestación en manifestación, dañan, a la postre, su propósito de ofrecer novedades y diferenciarse de la mayoría.»



La riqueza de especialización y las pretensiones de singularidad se observan asimismo en otras latitudes. Como el deseo de dirigir alguno. Este verano 95, Praga se encargaba de fundar la segunda manifestación checa con ambición de máxima categoría. En un territorio de 128.000 m² y con 10.000.000 de habitantes, existiendo ya Karlovy Vary, uno piensa en la motivación y en los resultados.

El presidente Vaclav Havel, con un rasgo de humor, organizó una serie de proyecciones en el propio palacio residencial, comentando que "si el país podía con dos festivales, también podría con tres".

Por ese derrotero, pronto podríamos contar con uno, por cabeza. (Lo que no es imposible, desde la aparición del vídeo).